

Leyendo diarios viejos

■ Cuando se revisa la lista de los nombres de chilenos que se han salvado del olvido, aparece gente de distintas actividades y condición: abogados y médicos, educadores y artistas, estadistas y empresarios, ingenieros y escritores, pero son muy pocos, si los hay, los periodistas que figuran entre la lista de los que sobrevivieron en el recuerdo. Cuando eso sucede, como es el caso de Rafael Maluenda, Jenaro Prieto o Joaquín Edwards Bello, se debe no a su condición de diaristas sino a la que ejercitaron paralela o sucesivamente de escritores.

Los periodistas tienen conciencia de la fugacidad de su oficio. Saben que nada hay más antiguo que el diario del día anterior, que toda su actividad y el despliegue de energía que entregan a ella están destinadas a un rápido consumo que no deja tras sí huella aparente.

Pero si es efectivo que el diario de ayer es antigualla, no sucede lo propio con el diario del día de anteayer. En él, solemos encontrar un precioso registro para reconstruir la historia pública o íntima de un país.

Me reconozco como un ávido lector de diarios y revistas viejos. Leerlos en el presente, produce la misma apasionante sensación que contemplar un paisaje a través de un telescopio después que se le conoció visto por el ojo desnudo. Emociona descubrir los elementos de que está compuesto ese paisaje, la forma como ellos se entretajan para ir elaborando la síntesis de la que está estructurada la historia.

Seguir las peripecias de un hecho a través de la prensa del pasado, es como leer una novela cuyo final se conoce y, justamente por eso, las motivaciones y los objetivos de los protagonistas que-

dan al descubierto. Sus pasiones y sus ambiciones, sus miedos y sus adhesiones se hacen aparente con el transcurso del tiempo y en lo que se creyó que era fugaz noticia, se devela la permanencia de la condición humana.

Uno de los motivos de mayor reflexión que proporciona la lectura de la prensa antigua es cuando nuestro interés se centra en entrevistas hechas treinta o cuarenta años atrás. En ellas siempre se deslizan proyectos y ambiciones que el lector actual está en condiciones de decir si se cumplieron o si fracasaron y, con eso, tener una visión del entrevistado en su total dimensión. Porque si bien es cierto que a los hombres se les reconoce por sus obras, mucho más se les identifica por lo que sueñan y desean.

Lo más aleccionador, sin embargo, que nos entrega la lectura de antiguos diarios es observar las fotografías y las menciones de personajes que alguna vez "hicieron noticia" y que ya nadie recuerda. En cambio, hay veces que se encuentran crónicas o noticias menores en que aparecen nombres que —hoy lo sabemos— estaban construyendo su época y que aparecen como comparsas de figurones sin real importancia.

Es cierto que el periodismo es un oficio fugaz; también es cierto que los periodistas pasan luego al olvido en el reconocimiento público, pero, en definitiva, el trabajo del periodista y el rol del periodismo es dar un testimonio de lo permanente.

Porque —si se me permite la paradoja— nada hay más permanente que la fugacidad.